

En el Cuarto Centenario de don Francisco Marroquín Primer Obispo de Centro América

Dr. Carmelo Sáenz de Santa María, S. J.

El autor es un especialista en temas históricos coloniales de nuestras Repúblicas Centroamericanas, sobre todo de Guatemala, donde residió muchos años.

El presente trabajo es fruto de un estudio exhaustivo hecho por el Dr. Santa María en el Archivo de Indias, donde halló materiales de primera mano sobre la excelsa figura de Francisco Marroquín, por lo que sus afirmaciones gozan de una autoridad extraordinaria.

El Dr. Santa María es miembro de la Academia de la Historia de Guatemala y Correspondiente de la Española y ha publicado, además de frecuentes artículos de investigación, un Diccionario Maya-Quiché-Español. En la actualidad es Profesor de la Universidad de Deusto, en España.

El 18 de abril de 1563 fallecía en Santiago de Guatemala su primer Obispo don Francisco Marroquín. No era el primer Obispo nombrado para Diócesis centroamericanas, pero era el primer Obispo que de hecho y en largas temporadas había tenido bajo su cuidado la mayor parte del actual territorio centroamericano.

Presentado por el Emperador para el Obisepado que entonces se erigía de Guatemala en 1532, fue preconizado en 1536; pero las bulas no llegaron a sus manos hasta 1537. Estaba entonces en México y allí mismo recibió la consagración episcopal de manos de Fray Juan de Zumárraga.

En 1538 quedó encargado oficialmente de las Diócesis de Chiapas y de Honduras, en tanto no tuvieran Obispos señalados.

Finalmente su influjo llegó a Yucatán por el Norte y a Nicaragua por el Oriente.

No creo exagerado por lo tanto designarle en esta fecha cuadracentenaria con este título centroamericano de

MARROQUIN EL GRAN DESCONOCIDO.

Es una reparación histórica que se le debe de justicia. Marroquín es un personaje de extraordinaria categoría que no recibió en vida ni después de muerto el trato merecido. A lo largo de su vida se le fue formando un halo de incomprensión, que le tuvo en entredicho en la corte española; y después de su muerte no ha tenido suerte ni con su sepulcro, que se ha perdido, ni con su memoria, pues no se conoce una buena biografía que actualice su magnífica personalidad.

Hace un par de años pude recorrer en el Archivo de Indias las cartas que se conservan de nuestro Obispo y creo urgente en este año cuatricentenario sacarlas del olvido en que han estado. Es verdad que la monumental obra que preparó el Ministerio de Fomento para

festear la restauración monárquica de 1875 seleccionó cinco cartas de nuestro prelado para su magnífica edición; pero es tan poco manejable este libro que no pasa de la categoría de monumento. . . Y no tiene más monumentos nuestro primer Obispo. . .

PROTECTOR DE INDIOS

Antes de recibir noticias de su preconización para el Obisepado de Guatemala, tuvo Marroquín en sus manos el nombramiento oficial de Protector de Indios. El cargo solía acumularse a la Prelatura, pero no siempre coincidía con ella. Llevaba consigo la supervigilancia de los asuntos indígenas: debía moderar a los españoles y convertirse en portavoz de las angustias de la raza vencida.

Marroquín había venido a Guatemala invitado por Alvarado y precedido de su fama de predicador: todo parecía orientarle hacia lo español con perjuicio de lo puramente indígena. Marroquín quedó pronto prendido en su celo apostólico que le llevó hacia los indios.

Estamos acostumbrados a poner en la cuenta de Fray Bartolomé de Las Casas las cosas buenas que por entonces se establecieron en tierras americanas, y esta tendencia es anti-gua. Remesal, por ejemplo, atribuye a Fray Bartolomé una importante iniciativa que habría de ser decisiva en el caso de Guatemala: la concentración o reducción de indios a poblado. La iniciativa no partió de Fray Bartolomé sino de Marroquín.

Marroquín delineó la operación en su carta al Emperador de 10 de Mayo de 1537. Recibe una Real Cédula apoyando su iniciativa a lo largo de 1539; replica al Emperador a 20 de Enero de 1539, demostrando que la Cédula es insuficiente y consigue, finalmente, una Cédula a 10 de Junio del 40 que se repite a 28 de Enero del 41 y que sigue en el espíritu y en el texto a las cartas de Marroquín.

La medida cuajó en los pueblos indígenas, que aún hoy conservan a lo largo de la geografía guatemalteca la impronta de su funciones mejor planeadas y más ajustadamente realizadas en la historia hispanoamericana.

EL HIERRO DE LOS ESCLAVOS

La esclavitud surgió en la América de la conquista como una postura sociológica obvia y espontánea. Los indios tenían esclavos, podían venderlos a los españoles. Esta era la primera premisa. Si los indios se alzaban en guerra después de haber aceptado el régimen español; los prisioneros quedaban sujetos a

esclavitud. La esclavitud estaba en vigor en Europa; y parecía estarlo en América y la Corte española, que tenía sus dudas sobre la limpieza de aquellos raciocinios, salió del paso encargando a los "Protectores de Indios" la supervisión del tráfico de esclavos. Y héte aquí a Marroquín enfrentado con uno de los aspectos más desagradables de la recién inaugurada convivencia de razas. Esclavos había a montones: caciques y padres de familia traían rebaños enteros de ellos y quedaban contentos con cambiarlos por algo más atractivo: abalorios, vestidos, instrumentos. Marroquín no podía contentarse con la afirmación de los caciques y padres de familia. Les hacía salir de la sala y ante el grupo de los presuntos esclavos repetía las preguntas: ¿Eres esclavo? ¿Desde cuándo? ¿Cómo? Quién te compró? . . . Sólo después de lento interrogatorio permitía Marroquín que se declarara definitivamente la calidad de siervo o libre. Poco a poco llegó a la conclusión de que ni los esclavos ni sus presuntos amos decían verdad. Desde entonces se opuso a toda legalización del tráfico. Así lo escribió en Octubre del 35 a la Audiencia Mexicana; y su postura fue inflexible.

TASACION DE TRIBUTOS

Los indios campesinos cambiaron de dueños con la conquista. No se les impuso nuevos tributos: lo que ellos entregaban a sus caciques se percibieron desde entonces por sus encomenderos. Pero los encomenderos o sus administradores no sabían ni podían saber el número de indios que les pertenecían: estos vivían dispersos por los montes y nadie sabía en qué cantidades. Lo único que podían saber era la cantidad que entregaban en sus tiempos antiguos como tributo y, naturalmente, deseaban recibir lo mismo.

Marroquín emprendió en seguida este nuevo trabajo. En los dos primeros años de su protectoría recorrió su extensa provincia, desde El Salvador a Chiapas, para calcular la población indígena y sus posibilidades tributarias. De todo ello compuso un Memorial que dejó en manos de Alonso Maldonado Gobernador interino— y de Bartolomé de las Casas, a quien dejaba por su Vicario, en tanto marchaba a México a consagrarse.

La tasación no se llevó entonces a efecto. A la petición de Marroquín, respondió una Cédula que la encargaba al Obispo, al Gobernador y a dos sacerdotes: Medina y Martín de Zulueta. Se expiden dos Cédulas más a lo largo de 1536; pero la tasación no puede comenzarse hasta 1541, en vísperas de la terrible catástrofe que acabó con la ciudad de Santiago. Años adelante, Marroquín vió que la tasación se había calculado demasiado por alto y consiguió otra Real cédula para que se renovase y redujese.

LOS ACARREOS.

El indígena guatemalteco es trajinante. Le faltaban bestias de carga, pero espaldas y cabeza formaban un buen apoyo para cualquier

transporte. Los españoles no inventaron el sistema, pero lo encontraron barato, . . . e imprescindible.

No había caminos, ni animales de carga; y cada día aumentaba el volumen de las mercancías acarreadas. Guatemala se había convertido por aquellos años en lugar de paso entre México y Panamá, entre el Caribe y el fabuloso Perú. A los acarrees de larga distancia había que añadir los trabajos subsidiarios para las nuevas construcciones: los indios al principio no sabían oficios, pero podían llevar pesos a cuestras, . . .

Marroquín se alzó contra este trágico abuso. Y no se contentó con protestas más o menos inoperantes; señaló la oportunidad de abrir caminos desde Puerto de Caballos a las diversas ciudades del Istmo y una arteria principal que pusiera en comunicación los dos mares. Sugirió la importación de garrañones para tener asnos y muleros en abundancia y por su parte puso en tierras de su propiedad cría de caballos.

No eran solo los indios las víctimas de aquel denso trajinar. Muchos españoles morían en los caminos o en los puertos. Marroquín tenía muy malas noticias de Panamá; tampoco eran halagüeñas las que venían de Veracruz. Miles de inmigrantes encontraban la muerte en ambos puertos. Le parecían mejores las condiciones de Puerto de Caballos y no se olvidó en sus cartas de atraer la atención de las autoridades castellanas para que adoptaran ese puerto para el tráfico istmeño. En los puertos y en los caminos había que abrir hospitales para refugio de trajinantes. No todo lo pudo hacer él, pero con su dinero edificó un hospital en Santiago de Guatemala que sirviera de paradigma y ejemplo a los demás.

CUZCATLAN Y SOCONUSCO. POLOS EXTREMOS DE LA DIOCESIS

Cuando los quehaceres pastorales de Marroquín fueron estabilizándose, tomó como norma visitar un año el territorio de Cuzcatlán y otro el de Soconusco. Ambos se parecían en la riqueza; se parecían en el clima, pero el actual San Salvador estaba más densamente poblado que Soconusco; y era mucho más intensa la atracción que ejercía en españoles e indígenas. Soconusco tenía un problema de escasez de población; San Salvador lo tenía en exceso.

El prelado visitó Acajutla cuando sus esteros se habían convertido en puerto de salida de las armadas de Alvarado. Allí estuvo atento a impedir el embarque de esclavos y quedó satisfecho de su actuación. A Acajutla volvió al año siguiente, para ver de arreglar los asuntos testamentarios de don Pedro; de allí pasó a San Miguel, donde el año 1524 finalizaba la tasación de los indios.

En compañía del Oidor Tomás López, visitó detenidamente la región salvadoreña. Se conservan las actas de la visita eclesiástica, que al parecer fueron preparadas por el Dominico Fray Tomás de la Torre. En 1554 sugiere se erija en obispado desde "Cuzcatlán para a-

delante". Dos años más tarde se hace eco de los encomendaderos de la región salvadoreña: se les despoblaron los pueblos, porque los indios preferían marchar a la costa a cultivar el cacao. Izcalco era el foco de atracción, "la provincia de Cuzcatlán, términos de la ciudad de San Salvador, que es una de las mejores cosas que hay en esta gobernación", era la que se despoblaba. Y era sin ventaja para nadie porque los indios enfermaban y morían en aquel trasiego.

La región de los Izcalcos se va convirtiendo en pesadilla para el Prelado. No estaba de acuerdo, con el sistema de sus encomenderos; pero éstos tenían muy buenos apoyos en la Audiencia y no era fácil remediarlo.

Soconusco le preocupó por otro motivo. La zona era extensa y rica; pero mal comunicada, alejada de los centros de población y en trance de despoblación. Soconusco además estaba en litigio, desde que Las Casas consiguió incluirlo en términos de su Diócesis.

El litigio no se resolvió en los tiempos de Marroquín, y durante su vida, visitó personalmente con frecuencia aquella zona. Marroquín propuso la creación de una Abadía y que el Abad tuviera su silla en la Catedral guatemalteca; pudiera erigirse también una Diócesis si se le agregaba la zona de Tehuantepec.

En 1554 había bendecido cuarenta y tres iglesias para otros tantos pueblos. En Soconusco era grande la murmuración contra los clérigos: se les acusaba de avaricia. Marroquín creía que la acusación no era del todo fundada, pero decidió promulgar un cierto número de ordenanzas que regularan la parte económica de la Provincia de Soconusco. La última visita de que haya quedado memoria la realizó en 1560 y la hizo en compañía del Oidor Antonio Mejía. "Han quedado confirmados, doctrinados —decía— y todos quedan contentos..."

GUATEMALA SEDE METROPOLITANA

No quedó constituida de hecho en tiempo de Marroquín, pero en más de un asunto eclesiástico se procedía como si en realidad lo fuera.

Cuando Marroquín procedió a la erección formal de su Diócesis en 1537 partía límites con la de Nicaragua, que ya para entonces contaba con su primer obispo. En dirección a México la Diócesis limítrofe era la antigua Sede de Tlascala, a la que contaba subordinada la Provincia de Chiapas.

Chiapas y Honduras estaban señaladas para Obispados, pero en 1537 no tenían Prelado; por ello en 1538 quedaron oficialmente confiadas a Marroquín "mientras no tengan Obispos".

Chiapas lo tuvo en 1545 en la persona del célebre Fray Bartolomé de las Casas; Cristóbal de Pedraza era el designado para Honduras. En 1539 estaba allí como protector de indios, sólo en 1545 aparece como Obispo. Ambas Diócesis quedaron vacantes poco des-

pués y volvieron a recaer sobre Marroquín, que las atendió en diferentes ocasiones.

Cerrato fue el primero que sugirió la conveniencia de erigir sede metropolitana en Guatemala. El prudente Tomás López lo aconsejó también en su ponderada carta-informe. En 1555 lo propone el Cabildo y la Audiencia. En 1558 insiste la Audiencia: en 1560 lo hace de nuevo el Cabildo. Finalmente, en este mismo año, el presidente Landecho resume en estas breves palabras su impresión de Marroquín: "Es bastante persona y de muchos méritos y tal, que el Arzobispado de este distrito cabría bien en él..."

Marroquín tenía conciencia de su preminente situación. Visita personalmente las Diócesis de Chiapas y Honduras cuando así se le encarga, se preocupa de los asuntos eclesiásticos de Nicaragua y de Yucatán y propone candidatos para las respectivas Mitras. Es correlativa la impresión en las autoridades correspondientes y quedó encargado oficialmente de sustanciar el proceso eclesiástico de uno de los prelados centroamericanos, que por cierto murió en el camino mientras se dirigía a Guatemala.

MARROQUIN GOBERNADOR

En los momentos difíciles que siguieron a la catástrofe del 10 de septiembre de 1541, la ciudad de Guatemala pidió a Marroquín se encargara de su gobierno civil y político. Marroquín aceptó el cargo y supo hacerlo con acierto.

Y es que Marroquín fue el primer patriota guatemalteco. Uno de sus ideales más queridos: hacer de Guatemala una provincia de tal categoría que hiciera olvidar a Castilla. Sufrió en los primeros años al ver desfilar tantos miles de gentes que marchaban encandilados por la fama del Perú; sufrió más amargante cuando una interpretación unilateral de los textos legales ahuyentó de Guatemala a sus principales vecinos.

Marroquín era partidario de la máxima libertad para los indígenas y de las ventajas posibles para los españoles: cada uno en su plano y Dios sobre todos. Había que dar una nueva estructura a aquellas dos Repúblicas para que pudieran convivir en común bien de entrambas. Hemos recordado algunas Reales disposiciones, podrían multiplicarse fácilmente. "No se ha dado —llegó a afirmar en carta al emperador— ninguna disposición benéfica para los indígenas en este período que no haya sido a mi instancia". Y la afirmación no es exagerada.

Pero Marroquín no creía que los indígenas eran los únicos miembros débiles del cuerpo social; pronto se vió surgir la clase de los mestizos. Es impresionante la constancia con que nuestro primer prelado pidió para ellos un centro de enseñanza que recogiera a las niñas y preparara a los niños, e incorporara a ambos a un nivel conveniente a la vida social. El mestizaje surgía como fenómeno incontrolable: Marroquín no veía razón para impedirlo, quería encauzarlo. No aceptaba la to-

tal separación que propugnaba Las Casas en un "apartheid" algo incongruente; y quería la libertad matrimonial entre unos y otros. Un asunto de libertad matrimonial le produjo uno de los mayores disgustos de su vida: creyó conveniente acompañar a una joven desposada a la cárcel, donde sus padres habían puesto a su marido para que no pudieran hacer vida conyugal. El escándalo fue de categoría, pero Marroquín mantuvo el principio.

Junto a los mestizos preocupan a Marroquín los criollos. A insinuaciones suyas se había puesto un plazo a los encomenderos para que contrajeran matrimonio y formasen familia. Muchos de ellos marcharon a España y volvieron con sus mujeres para hacer su vida en Guatemala: y nacieron los criollos. Educados por nodrizas indígenas, aprendían las lenguas indígenas, pero no aprendían mucho más.

La educación de estas nuevas generaciones tiene para Marroquín doble vertiente: había que educarlos en el amor a su patria chica, pero sin que olvidaran a la lejana Castilla. El remedio no era enviarlos a España, sino traer buenos maestros de allá. Un buen colegio remediaría todos estos males. Sin el colegio, los criollos no llegarían a aprender más que las malas costumbres de la calle.

LA PRIMERA DOCTRINA CRISTIANA EN LENGUA INDIGENA.

Marroquín se abrió pronto paso en la intrincada maraña de las lenguas indígenas. Al escribir al Emperador el año 37 puede hablar de sus predicaciones a los indios: o en su lengua o por intérprete según los casos.

Remesal nos ha transmitido la noticia de haber sido Marroquín el primero que compuso gramática y arte para las lenguas indígenas; y el que tuvo la idea de analizar sus formas conforme a los paradigmas latinos. Desde entonces declinaciones y conjugaciones se aplicaron como patrones un tanto rígidos, pero abundantes y variados, a los morfemas mexicanos, quichés y cakchiqueles.

El trabajo de trasladar a las lenguas indígenas las verdades dogmáticas y morales tuvo mayores complicaciones. Remesal afirma que también éste fue trabajo de Marroquín.

Roturado así el terreno, surgieron con mayores ambiciones las que se denominaron "Teologías de los Indios", en las que fue maestro insuperado el Martir de la Verapaz, Fray Domingo Vico, O. P. Los misioneros o párrocos debían conocer la lengua de sus feligreses: era regla elemental. Más de una vez privó de buenos puestos a alguno de sus clérigos por descuidarse en este aprendizaje. El lo consideraba muy sencillo y por ello mismo juzgaba con mayor dureza al que lo descuidaba. Pero Marroquín no creía que con esto se concluía el trabajo lingüístico; desde el principio echó de ver que la multitud de troncos lingüísticos, que se entrecruzaban en variados dialectos, oponían un obstáculo de primera categoría a la elevación cultural del indígena; y desde entonces se declaró partidario

de la enseñanza del castellano. "A los religiosos —decía más adelante— no les cuadraba", pero ya han caído en la cuenta de su necesidad y urgencia.

FUNDA LA UNIVERSIDAD

No fue fundador material de la Universidad de Guatemala, no pudo serlo, pero no quedó por él. La idea surgió con fuerza en su mente mientras cavilaba sobre modos y maneras para asentar en Guatemala a sus hijos. Estaba en Gracias a Dios atendiendo al nuevo Presidente Cerrato, cuando se le representó —nos dice— "la cosa más alta y más necesaria; hay que formar aquí los Ministros del Evangelio. . . para que no tengan cuenta ni memoria desas partes; y "para ello sírvase enviar un buen gramático, un buen artista, un buen teólogo y un buen canonista. . . y que se asiente un estudio a manera de universidad en la ciudad de Santiago de Guatemala, que es más a propósito de todas estas provincias, mayor, de más abundante y de mejor temple para estudio. Este remedio es fácil y el provecho no tiene precio. . .".

Estas frases escribía Marroquín en 1546. Las cartas que conservamos repiten infatigables la petición. Confiaba en que el Emperador decidiera reservar una parte de sus rentas para tan importante menester. A Carlos V sucedió Felipe II y la situación seguía estacionada. "No aguarde V. mt. a hacerse viejo (para hacerlo) como su invictísimo padre; pues con poquito se puede remediar, remédiese", escribirá al rey en 1558. Tampoco lo pudo conseguir, y como en otras empresas, Marroquín decidió empezarla.

Cerró un trato con los Padres Dominicos que le cedieron un terreno y comenzaron a abrirse los cimientos y levantarse las paredes del que llevaría el nombre de Colegio de Santo Tomás.

Días antes de su muerte quiso arreglar su testamento para asegurar esta y otras empresas, y nombró su albacea con toda clase de poderes al antiguo Fiscal de la Audiencia, perito en lides judiciales, el licenciado Juan Cavallón. Este dió con la fórmula apetecida y la fundación se mantuvo y el Colegio sobrevivió a dificultades de todas clases, y en sus mismas aulas se abrió un siglo más tarde la "Universidad Real y Pontificia de San Carlos".

DESEO QUE SE ME ENTIERRE EN LA CAPILLA MAYOR JUNTO A LAS GRADAS.

El 12 de febrero de 1563 escribía Marroquín su última carta: estaba viejo y enfermo, pero su pulso trazó firmemente el saludo final. Es una carta-testamento que recoge al cabo de treinta y seis años de episcopado los proyectos e ilusiones que florecían en su primera epístola. En 1537 eran atisbos geniales; en 1563 eran casi todos realidades cumplidas. Los indios estaban reunidos en pueblos; con-

PASA A LA PAGINA 112

la impresión de ver una nueva vida que corre desbordante a través de la Iglesia Católica. Es indudable que un siglo entero había sido profundamente perturbado por las controversias, los odios, las guerras, las persecuciones recíprocas. Hubo mártires católicos en Inglaterra (Tomás Moro, Juan Fisher y muchos otros) y en diferentes países. En sentido inverso, Crespín, en Francia, y Fox en Inglaterra, pudieron formular "martirologios" protestantes.

Dos guerras, llamadas guerras de Esmalcalda, habían asolado a Alemania y preparado de lejos la siniestra guerra de los treinta años. Francia había conocido ocho guerras llamadas de religión; pero en realidad habían sido guerras de minorías y venganzas de familias rivales.

La sangre había corrido a torrentes. A pesar de todo esto, se había llevado a cabo la obra de la verdadera reforma y se había proseguido bajo el impulso unido del Concilio y de los Papas; y el impulso de los santos continuaba la obra de los que anteriormente hemos citado con nuevos nombres, como los de Teresa de Avila y Juan de la Cruz, príncipes de la mística católica; los de Pedro Canisio, eficaz controversista, y Felipe Neri, el "alegre santo" fundador del Oratorio; los de Carlos Borromeo, el modelo de Obispos, Pedro de Alcántara, Juan de Avila, Juan de Dios... Raras veces había sido tan fecunda la Iglesia de Dios!

Nacimiento de las misiones.

Fecundidad que no solamente se pone de manifiesto en Europa. Tras los conquistadores de continentes que aparecieron en la era de los grandes descubrimientos, se lanzaron sin vacilar los evangelizadores. En los siglos XV y XVI, es inmenso el ímpetu que impulsa a estos hombres de Dios hacia las tierras nuevas y con mucha frecuencia temibles.

Los evangelizadores están en todas partes. En la América española, Bartolomé de las Casas siguiendo los pasos de los conquistadores, les recuerda incesantemente los preceptos del amor.

Están igualmente en América del Norte, donde dan nacimiento al futuro Canadá. Pero no por eso dejan de presentarse a su vez en Etiopía, en Persia, en Africa negra.

Entre este noble ejército sobresale una figura en la cual se encarna la Misión moderna: la figura de San Francisco Javier que, sucesivamente, siembra el Evangelio en la India, en las Islas Malasias, en el Japón, y muere a las puertas de China, a la cual habrá de lanzarse muy pronto Mateo Ricci.

Una página grandiosa se abre en la historia de la Iglesia. Y Roma lo comprende. En el año 1622 se crea la Congregación de la Propaganda, que va a ocuparse de la inmensa tarea de conquistar el mundo para la Cruz.

(VIENE DE LA PAG. 86)

taban con sacerdotes, no muy abundantes pero suficientes; habían ido incorporándose lentamente a la vida sacramental y estaban en puertas de ser admitidos a la Eucaristía. El clero secular formaba brillante corona en la Catedral y se distribuía por determinadas regiones: Soconusco, el oriente de Guatemala, extensas zonas salvadoreñas. Dominicos, franciscanos y mercedarios atendían al Norte y al Oeste.

Sobre este fondo de tono optimista, destacaban las cuatro obras materiales que desde el principio se había propuesto: el Hospital, el Colegio-Recogimiento para mestizas; la Universidad y la Catedral.

La Catedral —decía— me lleva muchos años de vida. No ha cesado de pedir ayuda económica a vecinos y autoridades; no ha bastado. Los proyectos eran magníficos: Marroquín se vanagloriaba de su esplendor; pero las obras iban perezosas.

La víspera de su muerte la puede contemplar desde su aposento y la describe así: "Esta Santa Iglesia, dicen todos los que la ven, es la mejor de las Indias". . . Le faltaban algunos detalles. Sería mucho pedir al rey que le regalase cuatro rejas: tres para cerrar la Capilla Mayor y una para el coro? . . . Tampoco sabe si podrá contar con cincuenta quintales de metal para campanas. . .

Y sueña con ser enterrado al pie de las gradas de la capilla mayor. . . No es mucho

pedir —piensa— para el primer Obispo y que tanto ha trabajado. . .

Murió el Viernes Santo. . . callaron las campanas hasta que pudieron doblar, después del toque de gloria. "Ha dejado tanta tristeza —decía el Cabildo al Rey— por ser padre de todos, que siempre llorarán la memoria de sus grandes bondades. . ."

El Ayuntamiento se hizo cargo de los gastos del funeral y quedó instituida una memoria en su honor. Pasaron los años, la Catedral envejeció; nuevos jefes de la Iglesia decidieron restaurarla y en el proceso se perdió la memoria de Marroquín y de otros muchos ilustres difuntos.

La nueva Catedral sucumbió a su vez al terremoto de Santa Marta y sus arcadas incompletas parecen montar guardia en torno al sepulcro del primer Prelado de rango centroamericano.

CONCLUSION

Hemos llegado al cuarto centenario de la muerte de don Francisco Marroquín. Se multiplican los estudios sobre su vida y sus empresas. No se ha agotado la materia y no es tiempo perdido el empleado en revivir pasadas circunstancias, que han sido tan decisivas en la constitución de las actuales.

La figura de Marroquín surgiendo tras la conquista militar y con el timón en la mano, a lo largo del penoso proceso de institucionalización centroamericana, es un símbolo y una solución.